

la mano el rollito de monedas, tan cuidadosamente conservado, no pudo dominar su cólera y su dolor, enderezóse y le gritó:

—¡Ladrón! ¡mal padre!

Santiago volvió sobre sus pasos; descargó sobre su mujer algunos golpes formidables; la tiró contra el suelo cubierta de sangre, y empujando sobre ella á Eufrosia, que volvía de la calle, y que quería defender á su madre, se dirigió de nuevo á la puerta.

—¡Desgraciado!—le gritó la madre;—¡no vayas á beber la sangre de tu hijo!

—¡Es mío el dinero, porque yo soy el amo!—repuso él precipitándose hacia la escalera, y dejando mudas de horror á las tres espantadas mujeres.

La taberna se enriqueció con aquel miserable despojo, y en algunos días de orgía, el dinero que debía crear un porvenir para el pobre niño mutilado, se gastó por su bárbaro y desnaturalizado padre.

V

El invierno que siguió á estas tristes escenas fue largo y riguroso: el trabajo no abundaba y los comestibles estaban muy caros: la familia Senechal, sintió más que otras la angustia pública; los momentos de crisis que son de escasez ó de dificultad para

algunos, son para otros la señal infalible del frío y del hambre: Santiago, que tenía mala reputación, se vió con frecuencia sin trabajo; el pequeño Juan no podía ya ganar nada, y la abuela, abrumada por el invierno y por las duras privaciones, se había puesto gravemente enferma.

Todo le faltaba á la pobre anciana, y sin embargo, no se quejaba jamás; sufría y se debilitaba visiblemente; su hijo y su nuera no se inquietaban nada, pero Eufrosia se preocupaba por todos, de aquel ser que tan tierna y sinceramente la amaba; veía y adivinaba los sufrimientos de la pobre mujer, y probaba en vano á darles algún remedio; nada tenía, ni aun fuego para calentar las tisanas que llevaba alguna compasiva vecina, ni aun los más miserables remedios, ni los auxilios más pequeños; una sola vez había venido el Médico de los pobres dejando una receta, que á pesar de haberse ejecutado, no había producido efecto alguno; después de examinar á la enferma había hecho un gesto significativo, y había dicho:

—Es preciso ir al hospital, buena mujer.

—No, caballero,—respondió Aldegonda,—quiero morir aquí.

La abuela pensaba en Eufrosia, y á su vez Eufrosia no pensaba más que en ella; temiendo perderla, había sentido redoblarse la ternura instintiva que sentía por su abuela, por el sólo ser que la había amado, guiado y defendido.

Sentía desgarrado su corazón á la vista de

la debilidad y de las privaciones de su abuela, y todo el día, y algunas veces durante toda la noche, pensaba en lo que podría hacer para darle, no lo superfluo, no lo útil, sino solamente lo necesario; hay miserias tan profundas, que los más bellos sueños de los infelices que las padecen nos parecerían á los que vivimos con alguna holgura muy cercanos de la pobreza; un poco de miel para endulzar una bebida amarga, un alimento algo mejor, una pequeña cantidad de vino, una fruta, un huevo fresco, he aquí lo que la pobre Eufrasia hubiera pagado con la mitad de su vida, para poder dárselo á su abuela.

Apenas osamos mirar el fondo de los abismos de la desgracia; y sin embargo, ¡que lecciones tan elocuentes, qué comparaciones y hasta qué grandes consuelos podríamos hallar en ellos!

La pobre mujer declinaba hora por hora; una fiebre ardiente devoraba aquel cuerpo debilitado por el largo trabajo de la vida; algunas veces, delirando, se quejaba y pedía algún socorro; un día la oyó decir Eufrasia:

—¡No puedo beber esta agua tan fría... parece de nieve... pero tengo mucha sed! ¡Oh, si me dieran cerezas de nuestro árbol! ¡me estoy muriendo de sed!

Cuando por la noche volvió de la fábrica Eufrasia, fue al lado de la cama de su abuela, y medio oculta por la cortina dividió una gruesa naranja y la llevó á los ávidos labios

de la anciana, diciéndole en voz muy baja:

—Tomad, abuela mía, tomad esto, que os hará mucho bien.

Aldegonde, que se hallaba medio aletargada, tragó el jugo dulce y refrigerante, y se adormeció, como si aquel débil cuidado le hubiese traído un profundo bienestar.

A la mañana siguiente, después de una noche tranquila, llamó á Eufrasia y le dijo con voz débil:

—¿Estás sola?

—Sola con vos.

La abuela se incorporó, y mostrando con el dedo la corteza de la naranja que aún estaba sobre el lecho, preguntó:

—¿De dónde ha venido esto?

Eufrasia se puso colorada, y contestó:

—Yo la he traído para vos, abuela.

—Ya me lo figuro, hija mía; ¿pero cómo la has traído? ¿te la han dado?

La niña guardó silencio.

—¿Tenias dinero para comprarla?

Eufrasia siguió callando: la abuela la miró al rostro, y le dijo con profunda compasión:

—¡Habla, hija mía! ¡dime la verdad! yo sé que si has pecado, ha sido por un exceso de cariño hacia mí!... ¡habla, no temas!

La niña se dejó caer de rodillas, y ocultó su encendido rostro en el hombro de la anciana abuela.

—¡Sufríaís tanto!—murmuró con voz trémula,—y era para mí tan duro el veros beber teniendo fiebre esa agua helada... fría y cruda!... pedí á mi madre dos sueldos para

compraros alguna cosa, y me dijo que no tenía un maravedí... todo el día estuve pensando de qué modo os podría aliviar; se me ocurrió el ir á pedir algún socorro, alguna limosna, pedí en la calle á los que pasaban, y sólo una señora, me dió dos céntimos... he ido á casa del señor Cura, y me han dicho que no estaba y que no volvería hasta la noche... he vuelto á implorar la caridad en la calle, y un hombre, que tenía una barba muy grande y una voz muy gruesa me ha dicho:

—¡Lárgate cuanto antes, ó te hago prender por la Policía!

—He tenido miedo, viendo que era mal hecho pedir limosna, ya iba á entrar cuando recordé que vos no teniais nada que beber aún para esta noche; esta idea me ha penetrado el alma; he visto á la puerta de una tienda un cesto lleno de naranjas, y entonces...

—¡Desgraciada niña! ¡Has querido hacerme un bien, y me das la muerte!—exclamó la anciana, cuyo rostro devastado retrataba el más agudo dolor.

—Abuela, yo no pensé que el tomar una sola naranja fuese una falta tan grande,—murmuró Eufrasia.

—¡Tomar lo ageno! ¡Oh, hija mía! ¡Vale más morir mil veces, que alargar la mano para tomarlo! ¡Lo ageno es sagrado!... ¿Lo entiendes?

Eufrasia quiso hablar; vaciló, y dijo por fin balbuceando:

—El dinero de Juan, era también suyo, pues le costó perder la mano, y no obstante, mi padre...

—Tu padre ha cometido una gran falta,—dijo la abuela con firmeza, — ¡que Dios le perdone como yo le perdono, aunque él me dió aquel día el golpe de muerte!... ¡Pero tú, hija mía, sé honrada! ¡No me dejes morir con el angustioso temor de qué llegarás á ser una ladrona! ¡Es preciso, Eufrasia, que me jures de rodillas, y por el santo nombre de Dios, que jamás volverás á robar, aunque te mueras de hambre! ¡Júralo!

La palabaa y el acento de la anciana tenían tal solemnidad, que la niña no pudo resistir, extendió la mano hacia un crucifijo que coronaba el lecho, y dijo con una firmeza inteligente.

—¡Lo juro, abuela!

—Y yo, hija mía, te doy mi bendición, y te doy gracias ahora de lo que has hecho para aliviarme.

—¡Nada puedo para eso!—exclamó la niña llorando y abrazando á la abuela.

—Te equivocas dijo ésta; ve á casa del señor cura, y ruégale que venga á verme, ya es tiempo; pero aún exijo de tí otra cosa más difícil: ve también á casa del tendero, á quien has robado esta naranja, confíesale tu falta, y pídele perdón; dile que le ruega te lo conceda una pobre anciana moribunda; ¿lo harás?

—Sí, abuela, puesto que vos me lo mandáis, respondió dócilmente Eufrasia.

Siguiendo las instrucciones que le había dado su abuela, corrió á casa del cura, el cual se apresuró á llevar á la moribunda anciana los Sacramentos, supremos consuelos de la religión católica, los cuales abren al alma atribulada las eternas puertas de la felicidad y de la bienaventuranza sin límites.

Esta los recibió con santa unción, gozando después de esa tranquilidad de espíritu que comunican, y de esa fortaleza que hace que después de recibirlos en gracia, se mire frente á frente y sin temor á la muerte.

Eufrasia, luego, pálida y temblorosa, confesó su culpa á la frutera; ésta la oyó con bondad y le dijo:

—Hija mía, es preciso no volverlo á hacer; ya que tienes la fortuna de pertenecer á gentes honradas, tienes el deber también de no deshonrarlas; yo te perdono con todo mi corazón; iré á ver á tu abuela y le llevaré algún socorro.

Aquel testimonio de interés, llegó tarde; los últimos granos de arena habían caído del reloj de aquella vida pura y honrada; la abuela después de recibir el beso de paz de su Dios, se durmió tranquilamente, en una noche de invierno triste y oscura, para despertarse revestida de una juventud inmortal, en las riberas donde luce el día sin sombras y sin ocaso.

VI

El matrimonio

Diez años han pasado, largo espacio de tiempo, sobre todo en la juventud; entonces los años no se parecen todavía, y la esperanza en acecho dentro del corazón, espera cada noche alguna novedad para el día siguiente, y el placer, y el dolor por la intensidad de nuestras sensaciones, dan á cada hora un valor doble.

Aquellos diez años habían tenido para Eufrasia muchos momentos de pena, muchas horas sombrías, aclaradas por algunos puntos luminosos; hasta los veinte años, había trabajado y sufrido bajo la tutela de su padre y al lado de una madre á quien el exceso de las penas había vuelto idiota; á los veinte años halló un hombre, un obrero que la encontró bonita, y á quien ella amó.

Casáronse con la descuidada imprevisión de la juventud, aunque era, según la expresión de una vieja vecina, casar el hambre con la sed; eran pobres; en efecto, muy pobres, y no obstante, Eufrasia debió á este

matrimonio, á esta afección, á estas dulzuras del alma, los días dichosos que brillaban como diamantes en la trama oscura de la vida.

Durante un breve especie de tiempo, pudo creer, que no es todo desgracia aquí abajo, y que hay días dichosos en el valle mismo del destierro.

En la época en que volvemos á encontrarla estaba casada hacia cuatro años; tres veces había sido madre, y había perdido sus dos primeros hijos; había conocido los días de escasez, de sufrimiento y de dolor, y la pobreza, esta antigua compañera de su vida, que la había mecido y educado, había venido á sentarse á su hogar.

Nosotros, lector mío, volvemos á hallarla en una pequeña habitación, situada en uno de los barrios más apartados de Rubaix, y alumbrada por una sola ventana que domina la campiña; esta habitación no se parecía á la espantosa zahurda donde vegetaba su familia; era un asilo pobre, pero no miserable; un lecho decente, algunas sillas, una pequeña mesa y una cuna la llenaban casi por completo.

Sobre la chimenea se veía un espejito y tres figuras de yeso que los mercaderes piamotenses venden á bajo precio, y que son en su ingenuidad un reflejo lejano del arte, y un reflejo próximo de las ideas en boga: el pequeño museo de Eufrasia, se componía de una santa Virgen, y de las dos estatuitas representando el *Católico* y el *Hu-*

gonote tan abundantes hace algunos años.

Sobre la ventana, un reseda embalsamaba y un velo flotante de capuchinas y de guisantes de olor, guarnecía el marco de madera.

Eufrasia no trabajaba ya en la fábrica; cosía en su casa, y según lo había deseado en otro tiempo, estaba tranquilamente sentada al lado de la ventana, y no lejos de la estufa, donde cocía la cena; la cuna, de la cual salía un débil vagido, excusaba y justificaba su presencia, y todo alrededor suyo parecía decir que poseía esa dicha relativa que había faltado tan completamente á sus primeros años.

No obstante, la joven parecía muy triste; su cabeza se inclinaba bajo el peso de un pensamiento penoso; reunía maquinalmente las piezas de una camisa que iba á coser y no salía de su meditación sino cuando la niña se agitaba en la cuna.

Tomóla al fin en los brazos y se puso á contemplarla con una atención melancólica: la niña, de edad de cinco meses, era débil y enfermiza: apenas parecía tener bastantes fuerzas para beber la vida en el seno de su madre: su piel, blanca y azulada como el nácar, acusaba una debilidad extrema en los brazos de una madre elegante; esta endeble criatura hubiera interesado vivamente; acostada en el regazo de la pobre obrera que trabajaba amamantándola, inspiraba una dolorosa compasión.

La niña cesó de mamar, y fijó en su ma-

dre sus dulces ojos, que la conocían ya. Eufrosia la miró triste y tiernamente y la volvió á su cuna: no la era posible desatender su labor y volvió á tomar la costura con una nueva energía, marcando, por decirlo así, el movimiento de su aguja, con el canto de una antigua canción sin palabras, que su abuela le había cantado con frecuencia en su infancia; la niña se durmió bajo la doble influencia de la leche y del canto y Eufrosia continuó su trabajo hasta la noche.

Cuando el último rayo de luz se apagó en los cristales, encendió su lámpara y volvió á tomar la labor. Pero entonces, la aguja no marchaba ya con su regularidad activa y monótona: con frecuencia se quedaba inmóvil, mientras que Eufrosia consultaba el marco de yeso que encerraba un reloj de plata: las ocho, las nueve, las diez, fueron señaladas, una después de otra, por ese dedo de acero que nada detiene; la joven suspiró profundamente, cuando vió que eran las diez y media y exclamó en voz alta:

—¿Por qué no vuelves? ¿dónde estás? ¿con quién?

La niña empezó á llorar.

—Duerme, —le dijo, —duerme: papá va á venir: te mirará, y estás muy bonita durmiendo: duerme, amor mio, y no llores cuando él venga: eso le incomodaría... ¡duerme!

La pobre joven esperó aún veinte minutos bien largos para sus fatigados ojos y para su corazón desfallecido: de repente un paso, joven y vivo, le hizo alzar la cabeza

y trajo un débil color á sus mejillas pálidas.

—¡Es él! ¡Fernando! —exclamó.

—Y bien, —dijo el recién llegado, —aquí estoy: ¿por qué me has esperado? ¿no podías acostarte?

—Quería verte... no has venido ni á comer ni á cenar... ¡Oh, Fernando! ¡Es la primera vez que me dejas sola un día entero!

Al decir estas palabras, apoyó la cabeza en el hombro de su marido y prorrumpió en lágrimas: él se retiró bruscamente, á riesgo de hacerla caer y le dijo brutalmente:

—¿Qué significan todas esas sandeces? ¡Que acaben pronto, ó me vuelvo á donde estaba! ¡no tienes más que añadir una palabra!

Fernando Lahouse no se parecía en nada á su suegro Santiago Senechal: éste era el tipo del obrero de fábrica embrutecido y desesperado buscando en la bebida el pasajero olvido de sus dolores y haciendo pesar sobre su familia entera, con un egoísmo ingenuo y feroz, el yugo más duro y las más amargas privaciones.

Fernando había aprendido en París su oficio de pintor de fachadas, y tenía el tono, las costumbres y la insolencia del obrero parisien.

No tenía el carácter violento: si juraba, era por hábito; jamás se embriagaba completamente; tenía un fondo inagotable de calembours, de cancionetas y de picardias aprendidas en los teatros de los boulevares, hablaba el *caló* con una facilidad rara, lle-

vaba la gorra sobre la oreja, la corbata á la Colín, reía de todo y no creía en nada.

—La vida se ha hecho para divertirse, y aunque es corta, se puede hacer buena; esta era su moral, y á la verdad, la alegría del yerno podía, en una hora dada, ser tan dura como el humor feroz del suegro.

Eufrasia había visto el exterior y su alma se había dado por entero al hombre que sólo tenía en los labios palabras agradables y promesas amorosas; al cabo de algunas semanas, empezaba á apercibirse de que se puede ser de la misma familia sin parecerse, que el mismo terreno debía producir inevitablemente los mismos frutos y que el egoísmo podía ser alegre y gentil, lo mismo que rudo y feroz.

Fernando la dejó llorar, mirándola con aire burlón... la niña unió de repente una melodía quejumbrosa á las lágrimas de la madre.

—¡Bonita serenata!— exclamó él impaciente,—¡parece un órgano de gatos! ¿Os callaréis las dos? ¡Silencio, digo!

Voy á tomarla y callará,—dijo Eufrasia, levantando á su hija en los brazos y empujando uno de esos paseos en los que las pobres madres gastan las fuerzas de su vida.

—Haz callar al renacuajo y no chistes tú tampoco,—dijo el hermoso Fernando;—yo me voy á acostar, buenas noches; y que no os oiga más.

Eufrasia se paseó silenciosamente hasta as dos de la mañana; estaba transida de

frio y agobiada de fatiga, pero la niña despertaba cada vez que la dejaba en la cuna; en fin, hacia el amanecer la vió profundamente dormida y pudo acostarse, más á las cinco, la costumbre, ese poderoso despertador, la arrancó al reposo; saltó del lecho y con el menor ruido posible, respetando el prolongado sueño de su marido, le preparó el desayuno.

Fernando se levantó á las seis, se estiró durante largo tiempo, se vistió con descuido y comió con abundancia; su mujer se multiplicaba en derredor suyo para obtener una mirada ó una palabra suave, como el perro que teme y lisonjea á su dueño; mas él parecía no poner ninguna atención y recibía sus cuidados sin decir nada y como cosa que le era debida; en fin, se levantó y tomó su gorra para irse á trabajar.

—¿Vendrás á comer?—preguntó Eufrasia con el acento de la timidez y de la súplica.

—¡Pardiez! ¿Crées que me quedaré sin comer? ¡No pienso en eso!

—¿Pero ayer?... ¿dónde has comido?

—¡Ya empiezas con tus preguntas? He comido con un camarada de París.

—¿Los dos... solos?

—No, tigre, no,—respondió riéndose y animado por la gran taza de café que acababa de tomar,—la particular del camarada hacia los honores.

Eufrasia palideció.

—¡Una mujer! ¡una parisién!—exclamó.

—¡Una mujer!—repitió su marido reme-

dándola,—y muy bonita; ¡con dos ojos como dos estrellas y un vestido que dejaba ver dos pies enanos y un gorrito que dejaba ver los más hermosos cabellos rubios! ¿quieres más informes?

Eufrasia arrojó una mirada de desesperación sobre sus pobres vestidos.

—¡Hasta la vista!—dijo el hermoso Fernando entreabriendo la puerta.

—¡Abraza á lo menos á la niña! ¡Ni siquiera la has mirado ayer noche!

—¡Uf! ¡Los chiquillos huelen siempre mal y son feos, y tú te vas haciendo también vieja y te vas poniendo flaca y amarilla como una caña!

—¡Son los efectos de la felicidad!—repuso Eufrasia con amargura.

Fernando salió dando un portazo. Su mujer se dejó caer llorando sobre una silla.

VII

La estación de Rubaix se parecía al valle de Josafat; todas las clases y todas las edades se hallaban allí confundidas; todas las cabezas, vueltas hacia el Norte, esperaban la locomotora que debía transportar á Lille los viajeros apresurados y vestidos de fiesta.

En el momento de la llegada del tren, tuvo lugar una confusión indescribible; una

joven, vestida de una manera vistosa, se esforzaba en vano por conquistar el estribo de un vagón de tercera clase, que estaba rodeado de gente y por reunirse á un compañero que la había precedido; hacíanla retroceder empujándola y haciéndola creer que la antigua cortesía francesa se había ido con las diligencias y los postillones; ya desesperaba de llegar, cuando un hombre joven y listo, llegando á su socorro, separó á los que se la adelantaban y la empujó al interior del carruaje, donde la siguió en seguida.

—¡Gracias, señor Fernando!—dijo ella vivamente; y volviéndose á su compañero añadió:

—¿Y tú, no podías ayudarme?

—¡Querida Rosina, cada uno para sí!—respondió el personaje,—tú no eres corta de genio y te he dejado hacer.

—Sí,—dijo Rosina con enojo,—¡lo de siempre! ¡arréglate como puedas! Es una cuenta cómoda para tí por más que á mí no me gusta; me acordaré de lo que has hecho y te advierto que no vengas á hacerme la rueda á la feria de Lille; el señor Fernando me acompaña.

—¡Está dicho!—respondió el marido de Eufrasia.—Nos pasearemos juntos.

El compañero de la señorita Rosina no pareció empeñado en manera alguna en reivindicar los derechos que podía tener sobre ella.

Rosina era el tipo de la costurerita parisien; delgada, pequeña, bonita, limpia como